

las Iglesias y comunidades cristianas. Es un proceso que hasta cierto punto resultaba esperable. El método de los diálogos ecuménicos ha partido en general de las convergencias comunes entre los interlocutores para llegar paulatinamente a abordar las diferencias, lo que inevitablemente supone apelar con nitidez a la fisonomía propia. Esta afirmación de la identidad no debería interpretarse necesariamente como un retroceso en el diálogo ecuménico, como si se tratara de un contraste polémico de las diferencias. Más bien, podría significar la apertura de una fase positiva de los diálogos que aborden con delicadeza y realismo las diferencias para encontrar de nuevo caminos de encuentro común. En este sentido, quizá nuestro autor podría haber incorporado una valoración más optimista a sus análisis.

José R. Villar

Paul O'CALLAGHAN, *La muerte y la esperanza*, Palabra («Libro Palabra», 44), Madrid 2004, 120 pp., 14 x 21, ISBN 84-8239-885-7.

El autor es decano de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, y conocido por publicaciones como *The Christological Assimilation of the Apocalypse* (Dublin 2004) y «*Fides Christi*». *The Justification Debate* (Dublin 1997). En el año 2004 —como explica en el prólogo Msgr. W. Oliveira de Azevedo, Arzobispo de Belo Horizonte— fue invitado por la Conferencia episcopal brasileña a impartir una serie de conferencias sobre un díptico de «importancia capital» (p. 9): la muerte y la esperanza cristiana. El presente libro recoge esas conferencias a los obispos brasileños. Aunque breve, es una obra que tiene gran interés, por ser un acercamiento moderno al misterio escatológico,

dialogando con modernas corrientes filosóficas y teológicas.

Empieza con una consideración de la muerte desde el punto de vista fenomenológico. Así, en el primer capítulo, el autor identifica ciertos elementos que caracterizan la común experiencia humana. En primer lugar, la muerte es sentida como presente de algún modo a lo largo de la vida, porque el hombre es consciente del final que le aguarda y actúa condicionado por esa conciencia. En segundo lugar, la muerte es percibida por el hombre no como destino totalmente natural y deseable, sino como algo que contradice su profundo instinto de permanencia: por tanto, algo «que no debería ocurrir» (p. 21). Esta perspectiva, realista, permite reconsiderar algunas filosofías/teologías que presentan la muerte como algo sustancialmente positivo (liberación de un cuerpo-cárcel, según los platónicos; «realización» del hombre, según K. Rahner).

Los capítulos siguientes tratan de la visión cristiana del «enigma» de la muerte (GS, 18). Aquí predomina un enfoque cristocéntrico (como reza el título de uno de los capítulos centrales (III: *La muerte del cristiano como incorporación a la pascua del Señor*)). Se trata de una respuesta eminentemente teológica: el misterio de la muerte es iluminado por otro mayor: el proyecto divino de salvación realizada por el Hijo hecho carne, Víctima y Resucitado. En la muerte del cristiano se opera una incorporación —misteriosa pero auténtica— a la muerte/resurrección del Señor. Atravesando el umbral de la muerte, el hombre de Cristo se adentra en el mismo dinamismo vivido por su Cabeza, una trayectoria pascual que desemboca en la resurrección en el último día. Desde este punto de vista —en cuanto posibilidad de acceder a un don de

Dios, y no como «acción» del hombre— cabe hablar de la muerte en sentido positivo.

De acuerdo con la visión cristiana del hombre, el autor subraya también la importancia de la dimensión corporal, social y temporal del ser humano, incluso en el estado final de plenitud. El deseo último de la criatura humana es resucitar como Cristo, y esto significa la esperanza de recuperar la propia personalidad en toda su integridad (incluida la dimensión corporal, la historia personal y el entorno comunitario y cósmico). He aquí una manera «holista» de entender la plenitud humana al final de los tiempos.

El autor no esquivo cuestiones debatidas, como p. ej. el debate en torno a la escatología «intermedia». Sin pretender dar respuestas completas, aporta sugerencias relevantes. Frente a la teoría de la resurrección en la muerte, recuerda un dato de teología positiva: la tradición cristiana, así como el magisterio, hace uso analógico de la categoría de «resurrección» para referirse a eventos concretos: la resurrección del Señor, el momento bautismal, el instante de conversión, y la resurrección final. En cambio, no aplica este concepto al momento de la muerte. Por otra parte, añade O'Callaghan, afirmar que alguien ya ha resucitado cuando está todavía su cadáver a la vista de todos equivale a mentar «dos mundos humanos perpetuamente paralelos... el de los hombres mortales/terrenos y el de los hombres muertos/resucitados» (p. 90): un cuadro dualista/platónico.

Trata también de otro tema teológico que ha sido objeto de discusión en las últimas décadas: la relación entre el Reino escatológico y la actividad de los cristianos en la historia. Aquí O'Callaghan sugiere algo afín al concepto de

«reserva escatológica»: ciertamente, dice, el cristiano debe emplearse a fondo en contribuir a implantar el reinado de Dios sobre la tierra. «Pero siempre con la sensación de no llegar, de no hacer lo suficiente, de no obtener soluciones duraderas...» (p. 107). La conciencia de estar ante una tarea abierta, que la humanidad nunca puede consumir por su cuenta, sino que más bien requiere la intervención de Dios para su realización completa, es una útil salvaguarda contra la tentación de reducir el cristianismo a una empresa de construcción de una utopía terrenal.

J. José Alviar

Miguel PONCE CUELLAR, *Tratado sobre los sacramentos*, Ed. Edicep («Compendios de estudios teológicos», 18), Valencia 2004, 457 pp., 13 x 21, ISBN 84-7050-805-9.

La vida de que el Hijo de Dios ha venido a aportarnos a la tierra nos es accesible en manantiales que Cristo mismo nos ha dejado. Pero no tendría sentido hablar de los siete sacramentos si no se mantuviera, además, que la Iglesia es sacramento primordial, el gran instrumento de gracia que entra en contacto con nosotros precisamente a través de cada uno de los siete sacramentos. Detrás de la Iglesia hay que descubrir el sacramento fontal, que es Cristo. Por eso, lo sacramental en la Iglesia no es sólo cuestión de institución, sino de economía. La realidad sacramental no es algo que simplemente Cristo decide, sino algo que Cristo es. Su sacramentalidad no sólo proviene de su voluntad, sino, antes todavía, de su ser. El mundo sacramental encuentra su clave de bóveda en Cristo, de cuyo corazón abierto brotan torrentes de agua viva. La presente obra nos conduce por